

SOY

RICHARD MATHESON

LEYENDA



minotauro ESENCIALES

SOY LEYENDA

RICHARD MATHESON

minotauro ESENCIALES

Título original:
I Am Legend

© 1954, renewed 1982 by Richard Matheson
© Traducción de Manuel Figueroa, 1960

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0676-4
Depósito legal: B. 13.549-2019
Fotocomposición: María García

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

En aquellos días nublados, Robert Neville no podía saber cuándo se ponía el sol, y a veces ellos ya estaban en las calles antes de que él regresara. Si hubiera sido más analítico podría haber calculado el momento aproximado de su llegada, pero la hora del crepúsculo estaba unida para él, por los hábitos de toda una vida, al aspecto del cielo, y su método no funcionaba en los días nublados. Por eso prefería no alejarse demasiado en esos días.

Caminó lentamente alrededor de la casa, en la luz grisácea y débil, con un cigarrillo colgándole de la boca, y arrastrando por encima del hombro un hilo de humo. Revisó las ventanas en busca de alguna madera floja. Los ataques más violentos se saldaban con tabloncillos rotos o arrancados, y debía reemplazarlos. Odiaba esa tarea. Ese día, asombrosamente, sólo faltaba un tablón.

En el jardín trasero examinó el invernadero y el depósito de agua. A veces los hierros que protegían el depósito se habían aflojado, y los caños que recogían el agua de lluvia estaban retorcidos o rotos. A veces, en el invernadero, las piedras arrojadas por encima del muro habían agujereado la red protectora, y tenía que cambiar algunos cristales.

Pero el depósito y el invernadero estaban intactos.

Volvió a la casa. Mientras abría la puerta principal, vio en el espejo una distorsionada imagen de sí mismo. Un mes antes había clavado allí aquel espejo agrietado. Pocos días más tarde encontró algunos trozos tirados en el porche. Que sigan cayendo,

pensó. No colgaría allí otro condenado espejo; no valía la pena. Pondría en su lugar algunas cabezas de ajo. Era más eficaz.

Atravesó lentamente el oscuro silencio de la sala, dobló a la izquierda por el pasillo y entró en el dormitorio.

En otro tiempo había sido una habitación decorada con gusto, pero ahora todo era enteramente funcional. Como la cama y el escritorio ocupaban tan poco espacio, había transformado una de las paredes en un taller.

Un banco de trabajo ocupaba la mayor parte de la pared. Su superficie estaba ocupada por una sierra de cinta, un torno para madera y una piedra de esmerilar. Sobre el banco, y distribuido en varios estantes, descansaba todo un muestrario de herramientas.

Neville tomó un martillo y extrajo del desorden de una caja algunos clavos. Volvió a salir, y clavó rápidamente el tablón en la persiana, arrojando los clavos sobrantes en el montón de basura que había junto a la puerta.

Durante un rato se quedó allí, de pie en el jardín delantero, observando la calle larga y silenciosa. Era un hombre alto, de treinta y seis años de edad, de ascendencia inglesa y alemana. Nada de notable había en su rostro, excepto la boca, ancha y firme, y los ojos azules y brillantes, que observaban ahora las ruinas de las casas aledañas. Las había quemado para evitar que llegaran saltando por los tejados.

Pasados algunos minutos, respiró hondo y volvió a entrar. Arrojó el martillo sobre el sofá del salón, encendió otro cigarrillo y se preparó la copa de media mañana.

Poco después entró de mala gana en la cocina. Tenía que librarse de la basura acumulada en el fregadero. Sabía que también debía quemar los platos y cubiertos desechables, y luego limpiar los muebles, el lavabo y la bañera, y cambiar las sábanas. Pero era un hombre y estaba solo, y esas cosas no eran importantes para él.

Era casi mediodía. Neville estaba en el invernadero, recogiendo ajos.

Al principio su estómago no toleraba el olor de tal cantidad de ajo. Ahora el olor había invadido su casa, lo llevaba en las ropas, y a veces pensaba que hasta en la carne, y apenas lo notaba.

Cuando le pareció que había recogido bastantes bulbos, volvió a la casa y los puso en el fregadero. Encendió la luz, que osciló unos instantes antes de brillar con la intensidad habitual. Neville dejó escapar un siseo de disgusto entre los dientes apretados. El generador, otra vez. Tendría que estudiar de nuevo el maldito manual y revisar el cableado. Y, si las reparaciones eran demasiado complicadas, necesitaría un nuevo generador.

Acercó, malhumorado, un taburete al fregadero, sacó un cuchillo y se sentó. Primero separó los pequeños dientes rosados, en forma de hoz. Luego los cortó por la mitad, dejando a la vista los carnosos brotes. El olor acre y penetrante invadió la cocina. Cuando se hizo demasiado intenso, encendió el extractor y el aparato limpió un poco la atmósfera. Después, con un punzón, hizo un agujero en cada una de las mitades y las unió con un alambre hasta formar unos veinticinco collares.

Al principio había colgado estos collares en las ventanas. Pero estuvieron tirándole piedras hasta que cubrió los cristales rotos con paneles de madera. Finalmente había reemplazado estas maderas con tablones, transformando la casa en un lúgubre sepulcro, pero acabando con aquella lluvia de piedras y cristales rotos que entraba todas las noches en las habitaciones. Y una vez que instaló los tres acondicionadores de aire, todo fue mejor. Un hombre puede acostumbrarse a cualquier cosa.

Cuando unió todos los dientes, salió y clavó las ristras en los tablones de las ventanas, arrancando luego los viejos collares, que habían perdido casi todo su olor.

Repetía este proceso dos veces por semana. Hasta que encontrase algo mejor no había otra defensa.

¿Defensa?, pensaba a menudo. ¿Para qué?

Pasó la tarde haciendo estacas.

Con la ayuda del torno transformaba tarugos de madera en

estacas de veinte centímetros. Luego las afilaba en la piedra de esmerilar hasta que eran afiladas como dagas.

Era un trabajo monótono y agotador, y el serrín llenaba el aire con su olor tibio, y le entraba por los poros y los pulmones, y lo hacía toser.

Y las estacas nunca eran suficientes. No importaba cuántas hiciese. Y la madera escaseaba cada vez más. Pronto tendría que recurrir a las tablas. Pensó irritado que eso sí que sería divertido.

La tarea era desalentadora y hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que debía encontrar un método más efectivo para acabar con ellos. Pero ¿cómo, si no podía detenerse, si no lo dejaban relajarse y pensar?

Mientras daba forma a las estacas, el altavoz del dormitorio reproducía la *Tercera*, la *Séptima* y la *Novena* de Beethoven. Era una suerte que siendo un niño su madre le hubiera enseñado a apreciar ese tipo de música; con ella llenaba el terrible vacío de las horas.

A partir de las cuatro comenzó a lanzar miradas al reloj de pared. Trabajaba en silencio, con los labios apretados, el cigarrillo en la boca, los ojos clavados en el torno, que mordía la madera dejando caer en el suelo un polvo harinoso.

Las cuatro y cuarto. Las cuatro y media. Las cinco menos cuarto.

Otra hora más y rodearían la casa, los asquerosos bastardos. Tan pronto como se pusiera el sol.

Se detuvo ante el enorme congelador, escogiendo su cena. Los ojos indecisos pasaron de las carnes a las verduras congeladas, del pan y los pasteles a la fruta y el helado.

Sacó al fin dos costillas de cordero, unas judías verdes y una caja de sorbete de naranja. Luego, cerrando la puerta con el codo, se acercó a las conservas que se apilaban hasta el techo. Tomó una lata de zumo de tomate y salió de la habitación. En

otro tiempo Kathy había dormido allí. Ahora era el hogar de su estómago.

Cruzó el salón. El mural de la pared del fondo mostraba un acantilado, con un océano verde y azul. Las olas rompían en unas rocas negras. Muy arriba, en el cielo claro, las gaviotas flotaban en el viento, y a la derecha un árbol torcido colgaba sobre el abismo, las ramas oscuras recortadas contra el cielo.

Neville entró en la cocina y dejó caer la comida sobre la mesa, con los ojos vueltos hacia el reloj. Las seis menos veinte. Faltaba poco.

Vertió un poco de agua en una olla y la puso a hervir. Luego descongeló la carne y la colocó en la parrilla. Para entonces el agua ya estaba hirviendo, y metió las judías congeladas en la olla. El mal funcionamiento del generador se debía sin duda a la cocina eléctrica.

En la mesa cortó dos rodajas de pan y se sirvió un vaso de zumo de tomate. Se sentó mirando el segundero que avanzaba lentamente en el reloj. No tardarían en aparecer.

Después de beberse el zumo fue hasta la puerta y salió al porche. Atravesó el jardín delantero y llegó hasta la acera.

El cielo estaba oscureciéndose, y corría un aire frío. Miró a lo largo de la calle, con el viento helado enredándole el pelo rubio. Eso era lo malo de los días nublados; nunca sabías cuándo aparecerían.

Oh, bueno, al fin y al cabo no eran peores que aquellas condenadas e interminables tormentas de arena. Se encogió de hombros, atravesó de nuevo el jardín y entró en la casa. Cerró la puerta con llave y colocó la tranca en su lugar. Luego regresó a la cocina, dio la vuelta a las costillas y apartó las judías del fuego.

Estaba poniendo la comida en el plato cuando se detuvo para mirar el reloj. Hoy a las seis y veinticinco. Ben Cortman gritaba: —¡Sal, Neville!

Robert Neville se sentó con un suspiro y empezó a comer.

Más tarde, en el salón, trató de leer. Se había preparado un whisky con soda y sostenía el vaso helado en la mano mientras hojeaba un libro de fisiología. Del altavoz instalado en la puerta del vestíbulo le llegaba ruidosamente una obra de Schoenberg.

No bastante ruidosamente, pensó. Aún los oía afuera. Oía sus murmullos y sus pasos y sus gritos, sus gruñidos y sus peleas. De vez en cuando una piedra o un ladrillo sacudían la casa. A veces ladraba un perro.

Y todos estaban allí para lo mismo.

Cerró los ojos un instante y apretó los labios. Luego encendió resignadamente un cigarrillo y dejó que el humo le llenara los pulmones.

Si tuviese tiempo aislaría la casa y la cerraría a los ruidos. Todo sería más soportable si no tuviera que escucharlos. Aun después de cinco meses le ponían los nervios de punta.

Ya nunca los miraba. Al principio había abierto una mirilla en la puerta, para espiarlos. Pero un día las mujeres lo descubrieron, y empezaron a incitarlo a salir de la casa con ademanes obscenos. No quería volver a ver aquello.

Dejó el libro y clavó los ojos en la alfombra, escuchando la música de *Verklärte Nacht*. Podía ponerse tapones en los oídos, ciertamente, y no oiría los ruidos de la calle; pero entonces tampoco oiría la música, y no quería sentir que lo estaban obligando a encerrarse en un caparazón.

Volvió a cerrar los ojos. La presencia de las mujeres empeoraba las cosas, pensó; las mujeres, como muñecas lascivas en la noche. Esperando que él las viese y se decidiera a salir.

Se estremeció. Todas las noches ocurría lo mismo. Leía y escuchaba música. Luego pensaba en aislar la casa, y al fin pensaba en las mujeres.

Otra vez aquel calor insoportable en las entrañas. Apretó los labios hasta que se le pusieron blancos. Conocía muy bien aquellas sensaciones y lo enfurecía no poder dominarse. El calor crecía y crecía y tenía que levantarse y pasearse por la habitación con los puños apretados. Entonces sentía la necesidad de encen-

der el proyector y ver una película, o comer algo, o beber mucho, o subir el volumen de la música hasta que le dolían los oídos. Tenía que hacer algo cuando la sensación se volvía realmente insoportable.

Sintió que los músculos del abdomen se le retorcían como espirales de alambre. Recogió el libro e intentó leer de nuevo, deletreando lenta y dolorosamente cada palabra.

Pero un instante más tarde el libro estaba otra vez sobre sus rodillas. Miró la biblioteca. Aquella sabiduría no calmaría nunca sus entrañas; siglos y siglos de palabras no podían satisfacer aquel deseo silencioso e irracional.

Se sintió enfermo, insultado. Por supuesto se trataba de un impulso natural, pero ya no tenía manera de darle salida. Lo habían obligado al celibato, y debía vivir con ello. Pero tienes una mente, ¿verdad?, se preguntó a sí mismo. Pues utilízala.

Extendió la mano, aumentó el volumen de la música y trató de leer toda una página sin detenerse. Leyó acerca de corpúsculos sanguíneos que atraviesan membranas, y pálidas linfas y nódulos linfáticos, y linfocitos y fagocitos...

«... para terminar en el hombro izquierdo, cerca del tórax, en una de las venas largas del sistema circulatorio...»

Cerró el libro con un golpe seco.

¿Por qué no lo dejaban en paz? ¿Creían que sería de todos? ¿Eran tan estúpidos? ¿Por qué venían todas las noches? Después de cinco meses lo más lógico era que se hubieran cansado y se hubieran largado a otro sitio.

Fue hasta el bar y se sirvió otra copa. Mientras volvía a la silla oyó cómo unas piedras rodaban por el techo y caían entre los arbustos de la parte trasera de la casa. Sobre el ruido de las piedras, los acostumbrados gritos de Ben Cortman:

—¡Sal, Neville!

Algún día cogeré a ese bastardo, pensó mientras daba un largo trago del líquido amargo. Algún día lo encontraré y le clavaré una estaca, justo en el maldito pecho. Haré una de medio metro especialmente para ese cabrón.

Mañana. Mañana aislaría la casa. Sus dedos se crisparon en puños. No podía soportar seguir pensando en aquellas mujeres. Si dejaba de oírlas quizá también dejara de pensar en ellas. Mañana. Mañana.

La música cesó y Neville sacó los discos del plato y los guardó en sus sobres. Ahora los sonidos de la calle se oían claramente. Tomó el disco más próximo, lo puso en el aparato, y subió el volumen.

El año de la plaga de Roger Leie le llenó los oídos. Los violines chillaron y gimieron; los timbales sonaron como los latidos de un corazón agonizante; las flautas tocaron una extraña melodía atonal.

Sacó, furioso, el disco, y lo partió sobre la rodilla derecha. Quería hacerlo desde hacía tiempo. Después caminó hasta la cocina con pasos rígidos y tiró los pedazos al cubo de la basura. Allí se quedó, en la oscuridad, con los ojos cerrados y los dientes apretados, cubriéndose los oídos con las manos. Dejadme en paz, dejadme en paz, ¡dejadme en paz!

Era inútil. No podía vencerlos de noche. Era inútil intentarlo; la noche les pertenecía. Su actitud era absurda. Quizá podría ver una película. No, no tenía ganas de instalar el proyector. Se iría a dormir con tapones en los oídos. Así terminaban todas sus noches, al fin y al cabo.

Rápidamente, tratando de no pensar, entró en el dormitorio y se desvistió. Se puso los pantalones del pijama y fue al cuarto de baño. Nunca usaba parte de arriba para dormir. Había adquirido esa costumbre en Panamá, durante la guerra.

Se miró en el espejo mientras se lavaba. Observó el pecho ancho, el vello oscuro que discurría alrededor de los pezones y luego bajaba, y el tatuaje que le habían hecho en Panamá, una noche, durante una borrachera. Qué tonto era entonces, pensó. Bueno, quizá aquella cruz adornada le había salvado la vida.

Se cepilló los dientes a conciencia y después se pasó el hilo dental. Ahora era su propio dentista y debía cuidarse. Muchas

cosas podían irse al diablo, pero no su salud. Y entonces ¿por qué no dejas el alcohol?, pensó. Y tú ¿por qué no te callas?

Recorrió luego la casa, apagando las luces. Observó el mural durante unos minutos tratando de convencerse de que era realmente el océano. Pero ¿cómo creerlo con todos aquellos golpes y peleas, aquellos aullidos y gritos nocturnos?

Apagó la lámpara del salón y entró en el dormitorio.

Torció la boca, disgustado. El serrín cubría la cama. Lo barrió con la mano pensando que quizá debería hacer una separación entre el taller y el espacio en el que dormía. Mejor hacer esto, mejor hacer aquello, pensó cansadamente. Había tanto que hacer. Nunca solucionaría el verdadero problema.

Se puso los taponés en los oídos, hundiéndose en el silencio. Apagó la luz y se deslizó entre las sábanas. El reloj luminoso señalaba las diez y unos minutos. Tanto da, pensó, así me levantaré más temprano.

Tumbado en la cama, aspiró profundamente la oscuridad, esperando el sueño. Pero el silencio no era suficiente. Aún los veía ahí fuera. Los hombres de caras blancas se arrastraban por la calle, buscando incesantemente cómo llegar hasta él. Algunos, quizá en cuclillas, como perros, chirriando los dientes, observaban la casa con sus ojos brillantes, balanceándose hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás.

Y las mujeres... Pero ¿iba a pensar otra vez en ellas? Se acostó boca abajo con una maldición y apretó la cabeza contra la almohada. Así se quedó un rato, respirando pesadamente, retorciéndose.

Que llegue la mañana. Pronunció mentalmente las palabras de todas las noches. Dios, haz que llegue la mañana.

Sonó con Virginia y gritó en sueños y los dedos se clavaron en las sábanas como garras.